

MANOLITO GAFOTAS



ELVIRA LINDO

MANOLITO ON THE ROAD



ILUSTRACIÓN
EMILIO URBERUAGA



Seix Barral Biblioteca furtiva

Elvira Lindo
Manolito on the road

Ilustraciones de Emilio Urberuaga

ADIÓS, CARABANCHEL (ALTO)



No te lo vas a creer. Estas cosas sólo les pasan a esos niños que salen en las películas, pero en la vida verdadera de los habitantes del planeta Tierra no han ocurrido jamás. Si cuando termines de escuchar mi increíble historia te atreves a asegurar delante de un tribunal y con la mano en la Biblia que a ti te han pasado cosas más espeluznantes que las que a mí me pasaron, entonces me tendré que callar como un muerto para el resto de mi vida.

No sé por dónde empezar. ¿Por dónde se empieza una historia de esta categoría? Según mi abuelo, al que se la he contado por lo menos quince veces (y sigue pidiendo más y más), el principio estaría el día en que mis padres discutieron por lo del viaje a Cuenca. Ése sería el principio de los tiempos. Bueno, pues empezaré por ahí:

Esto era un sábado de un verano, y en ese sábado de ese verano mi padre había decidido dejar de trabajar por fin, después de algunos años sin vacaciones, para quedarse con nosotros diez días en Carabanchel. Yo nunca recuerdo a mi padre de vacaciones, bueno sí, cuando el Imbécil nació estuvo dos días en el hospital con el camión aparcado en la puerta, y le pusieron una multa muy gorda, y mi madre se puso a llorar con el Imbécil recién nacido en los brazos y yo me puse a llorar también. Al principio pensé que llorábamos por lo feo que había nacido mi hermanito; luego ya me enteré de que llorábamos por lo de la multa y mi madre dijo: «Ese camión es nuestra ruina, hay que venderlo», y yo lloré entonces con un hipo incontrolable porque yo a nuestro camión lo quiero más que a algunas personas que conozco, y lo quiero igual que a mi

padre y a mi madre, y lo quiero un poco menos que a mi abuelo. El orden sería el siguiente:

Abuelo Nicolás
Camión *Manolito*
El Imbécil
Mi padre y mi madre
Bernabé y la Luisa (mis vecinos)
La *Boni* (la perra de la Luisa)
Melody Martínez (que está por mí)
El Orejones López
Mis otros amigos
Yihad (un chulo que me pega)
Gente de Carabanchel Alto

Una vez le enseñé esta lista a mi madre, pero como sé que ella es de las que se mosquean con nada la puse en el puesto número 1, porque mi madre es de esas madres que dicen que a una madre se la quiere más que a nada en el mundo (mundial). A mi madre la primera y a mi padre le dejé el cuarto porque a mi padre no le importan esas cosas. Así que mi madre, cuando volvió mi padre el fin de semana le sacó la lista y se la repasó por las narices:

—¡Claro, Manolo, compréndelo, cómo no te va a colocar tu hijo en el cuarto puesto si no estás nunca en casa!

Es verdad, mi padre nunca está en casa y siempre nos promete que habrá un futuro en que vayamos todos a remojar los pies en el agua del mar.

Bueno, pues figúrate que esto era ese sábado de ese verano y que mi padre se iba a quedar diez días con nosotros, que no nos podía llevar a la playa, pero nos iba a llevar al Zoo y al parque de atracciones y a la piscina, que están a cinco minutos de mi casa. Y ese sábado histórico de mi vida, él se estaba afeitando y yo y el Imbécil estábamos desayunando en unos taburetes de la cocina. El Imbécil, por si no lo sabes todavía, es mi hermano pequeño. No le llamo el Imbécil por faltarle el respeto, le llamo el Imbécil porque en un principio me sentó como un tiro que viniera a este mundo. Antes de su nacimiento yo era el ojito derecho de mi padre y el ojito derecho de mi madre. Ahora sólo soy el ojo derecho de mi abuelo Nicolás, pero teniendo en cuenta lo poco que pinta mi abuelo en casa, es un ojo derecho con pocas influencias. Ahora el Imbécil tiene cuatro años y, claro, con el roce le voy co-

giendo más cariño pero el problema está en que ya no me acuerdo de su verdadero nombre. Él está muy contento con su mote, en serio. Sin ir más lejos, el otro día mi madre le dijo:

—No hagas eso, Nicolás.

Le llamó Nicolás porque se debe de llamar Nicolás, seguramente.

Y el Imbécil protestó:

—¡El nene no es Nicolás! ¡El nene es el Imbécil!

Esas cosas suceden cuando consigues que tu hermano pequeño te admire sinceramente, y mi hermano me admira y le parece bien casi todo lo que yo haga. Es mi único fan sobre la Tierra.

Así que, como te decía, el Imbécil y yo estábamos desayunando en calzoncillos porque en verano siempre desayunamos en calzoncillos. Mi madre es partidaria de eso, dice que siempre es más fácil limpiar un pecho lleno de colacao que una camiseta. El Imbécil y yo somos partidarios de ensuciarnos de colacao todos los días, si no lo hacemos, se nos queda un vacío en el estómago y una tristeza en el corazón durante todo el día. Te lo juro.

Estábamos a punto de beber el último sorbo, ese donde queda todo el chocolate, cuando sonó el

teléfono de repente y el Imbécil se llevó un susto mortal y soltó el vaso, que llenó de colacao y de cristales todo el suelo de la cocina. El Imbécil se echó a llorar. Lo hace siempre cuando rompe un vaso, así que lo hace continuamente, llorar y romper vasos. Mi madre le dio una colleja al Imbécil que se puso a llorar más fuerte todavía. A mí me empezó a dar la risa tonta porque, por muy buena persona que seas, no puedes evitar alegrarte un poco cuando el que recibe la colleja es otro y no tú. Y sobre todo te hace más gracia si ese otro es un hermano tuyo. Es una alegría sana. Pero mi madre y yo no nos reímos de las mismas gracias, así que decidió que había llegado el momento de que yo me llevara otra, con tal mala suerte que las gafas se me escaparon de las orejas y se cayeron dentro de mi tazón de colacao. La verdad, fue un número de circo. Las gafas dieron dos vueltas en el aire antes de caer en la leche. Si no conociera a mi madre hubiera aplaudido; como la conozco, sabía que se estaba poniendo enferma de los nervios. Al Imbécil se le escapaba la risa mientras lloraba y encima decía que se hacía pis. Siempre que llora le entran ganas de mear. Es un niño bastante extraño,

cuando le da por soltar agua lo hace por todas partes: pito, nariz y ojos. Mi madre dijo que nadie pisaría el suelo hasta que no estuviera limpio de cristales y de chocolate. Nos quedamos muy serios aguantándonos la risa.

Mi padre abrió la puerta pero mi madre no le dejó pasar, le dijo «Sólo me falta que ahora te cortes tú», mi padre le dijo «Tenemos que hablar», mi madre le dijo «Pues habla desde ahí», mi padre le dijo «Es que no te va a gustar lo que te voy a decir, así que me voy a vestir y luego te lo digo».

Mi padre también estaba en calzoncillos. Es algo que hemos heredado de mi padre, cuando llega el verano, pasamos mucho tiempo en calzoncillos, debe de ser una costumbre genética.

—Ahora no me vas a dejar con la curiosidad, ahora pasas y me dices lo que sea —dijo mi madre abriéndole la puerta.

—Es que voy descalzo y me puedo cortar.

Tú pensarás que la conversación de mis padres es un poco pesada, que se repite una y otra vez lo mismo, que es un aburrimiento, y yo te pregunto: ¿es que acaso la de los tuyos es más entretenida?

Lo que estaba claro es que mi padre ya no se

podía marchar sin soltar la verdad y nada más que la verdad.

—Bueno..., resulta que me acaban de llamar para ir mañana a hacer unos portes a Cuenca.

Creo que tengo que explicarte que mi padre se dedica a hacer traslados de un lugar a otro. Traslada muebles, artículos de limpieza, ropa, lavadoras, todo aquello que las personas quieran trasladar, en eso él no se mete. Mientras no sea una bomba nuclear mi padre traslada lo que sea. Si un día ves por la carretera un camión que lleva unas letras que ponen «MANOLITO», y ves a un camionero con gafas que conduce, ese señor es mi padre, el camionero que va dentro.

—¿¿¿A Cuenca??? —dijo mi madre abrazándose al palo de la fregona y casi a punto de llorar—. ¿Por cuántos días?

—Tengo cargamento para Cuenca, para Teruel, para Zaragoza, así que sólo serán...

En ese momento crucial de nuestras vidas entró mi abuelo, que se acababa de levantar, y dijo:

—¿Alguien ha visto mi dentadura?

Pero nadie le hizo mucho caso y se dio media vuelta y se fue.

—¿Por cuántos días? —volvió a repetir mi madre sin piedad.

—Tres o cuatro.

—Pero tú me dijiste que te tomarías unos días de vacaciones...

Mi padre nunca se toma vacaciones porque tenemos que pagar las letras del camión. Es un camión que nunca se termina de pagar. Es un camión que vale millones.

Mi madre se puso a llorar y se fue con la fregona a su cuarto. El Imbécil y yo nos quedamos solos, sentados, como dos niños abandonados.

—El nene se mea ya —dijo.

Cuando el Imbécil dice que se va a mear ya, es que se va a mear ya, es un niño incapaz de mentir. En eso no se parece a mí. Lo cogí como pude en brazos. No lo hice para consolarlo, es que tal y como estaban las cosas sólo faltaba que se cortara en un pie, los que le conocemos sabemos que no soporta la sangre, es un dramático a la hora de los cortes y se pondría a chillar como uno de los gorrinos que matan en el pueblo de mi abuelo.

Me lo llevé al cuarto de baño. Se empeñó en hacer pis de pie, como hacemos nosotros, las per-

sonas mayores. Pero puso todo perdido, porque todavía no llega bien a la taza y no había forma de que apuntara bien con el pito, y así se quedó porque la fregona estaba con mi madre, encerradas las dos en su cuarto (fregona y madre).

Cuando salimos, mi padre estaba en la puerta, intentando convencerla para que saliera.

—Anda, Catalina, por favor, cuando vuelva iremos a la playa, te lo juro, Catalina.

La voz de mi madre se oía desde dentro y muy pastosa, como si tuviera la fregona dentro de la boca.

—No, siempre dices lo mismo y nunca vamos. Debemos de ser los únicos en Carabanchel que nunca van a la playa.

Carabanchel es mi barrio, es un barrio de Madrid bastante importante, uno de los barrios más importantes de Europa.

El Imbécil se puso a dar patadas a la puerta del cuarto de mi madre, él no consiente que mi madre se encierre en ningún sitio, tiene que estar presente hasta cuando ella se ducha, así que mi madre siempre dice:

—Con estos niños no tengo intimidad.